

EL DILUVIO

Henryk Sienkiewicz



A mediados del siglo XVII, apenas transcurridos cinco años desde que los caballeros de la República Polaco-Lituana expulsaran a los invasores cosacos que les amenazaban por el este, una nueva y mucho más peligrosa amenaza asoma por el horizonte; las tropas suecas están entrando por la frontera norte del país.

Mientras tanto, Andrés Kmita, un joven noble lituano cuya rudeza oscurece su sagacidad y bravura, malvive rodeado de asesinos, libertinos y vagabundos, quedando estigmatizado como un fuera de la ley. Pero su amor por la bella Olenka le inspirará la forja de un nuevo carácter en el campo de batalla, así como una sencilla y trascendental misión: la defensa del Rey, la Nación y la Fe frente a los invasores extranjeros.

Después de *A sangre y fuego*, *El diluvio* —segunda novela de la Trilogía de Sienkiewicz— continúa la arrolladora saga de guerra y rebelión que amenazó la existencia de Polonia y cambió la cara de Europa oriental durante el siglo XVII.

El ganador del premio Nobel Henryk Sienkiewicz, sobre las constantes eternas del amor y la guerra, teje un rico tapiz de pasión, traición y redención para narrar las gestas de la nación polaca atrapada en la agonía de una contienda civil, a la vez que plantea la cuestión moral de si las personas pueden elevarse sobre su tiempo y circunstancias.

El diluvio no es sólo una novela que recrea los destinos cruzados de Polonia, Suecia y Rusia en uno de sus periodos más trepidantes y dramáticos; es la historia de un hombre y una mujer trágicamente separados por la imprudencia, el orgullo, la confusión y el terror provocado por una invasión extranjera que dividió a la nación, revelando lo mejor y lo peor de cada persona.

Primera parte

I

Residía en Imud una poderosa familia, llamada Billevich, originaria de Mengoog, que estaba emparentada con las más encopetadas del país, y era la más respetada del distrito de Rossyeni. Los Billevich no habían ocupado nunca altos cargos, y los que desempeñaron fue en su provincia. Sin embargo, durante las guerras habían prestado grandes servicios a su país, por lo cual fueron recompensados muchas veces. La propiedad que sirvió de cuna a sus ascendientes (y que aún existe hoy día), se llamaba Billevich; pero poseían muchas otras fincas, unas cerca y otras lejos de Rossyeni, hacia Krakin, Lauda, Shoi, Nyevyaja y más allá de Ponyevyej. Andando el tiempo, los Billevich se dividieron en tantas ramas, que sus individuos acabaron por perderse de vista y por desconocerse entre sí. Se reunían, sin embargo, cuando había revista en la milicia de Imud. Sucedió, a veces, que algunos militaban bajo las banderas de la caballería de Lituania y de las Dietas provinciales, y como eran muy ricos y poderosos, ni siquiera los Radzivil, que se creían omnipotentes en Lituania e Imud, podían prescindir de ellos.

Durante el reinado de Juan Casimiro, el jefe de la familia Billevich era Heráclito, coronel de caballería ligera y chambelán de Upita.

No residía en su país natal, porque a la sazón había sido arrendado a Tomask, portaespada^[1] de Rossyeni. Heráclito Billevich era también propietario de los dominios de Vodo-

kly, Lyubich y Mitruny, situados en las inmediaciones de Lauda, rodeados, como una isla, por otras haciendas pertenecientes a individuos de la pequeña nobleza.

Además de los Billevich, existían en los alrededores otras familias respetables, tales como los Sollohub, los Montvill, los Schylling, los Koryzni y los Sitsinski; pero toda la comarca de Lauda, que atravesaba el río del mismo nombre, estaba ocupada por los *nastsiazki*, o sea por aldeas habitadas por la nobleza de Lauda, célebre en la historia de Imud.

En algunas regiones de aquella gran comarca, las familias adoptaban el nombre de sus posesiones y éstas tomaban el de sus propietarios, como se acostumbraba en Podliasye; pero no ocurría así en el territorio de Lauda. En Mореzi vivían los Stakian, señores también de Bathory, que les fue cedido como premio de su conducta valerosa en el combate de Pskoff. En Volmontoviki, donde el país era muy fértil, hormigueaban, por decir así, los Butrym, los hombres más fuertes y robustos de Lauda, gente de pocas palabras y enérgicos hechos, que en tiempos de las Dietas provinciales recorrían el país gastando y deslumbrando con su esplendidez, y que cuando estallaba la guerra marchaban en apretadas filas y en silencio.

Las tierras de Drojeykani y Mozki eran cultivadas por la numerosa población de los Domasjevich, famosos cazadores que atravesaban el desierto de Zielonka hasta Wilkomir en busca de osos. Sus mujeres eran tan famosas por su belleza, que a todas las jóvenes de los alrededores de Krakin, Ponyevyey y Upita se las consideraba como si fueran de Patsuneli. Los Sollohub, de Maly, poseían muchos caballos y ganados, que pastaban en vastas dehesas; los Gotsyevich, de Goschuni, hacían alquitrán en los bosques, por lo cual les pusieron el mote de *Negros* o *Ahumados*.

Había, además, en aquellas comarcas, muchas otras aldeas y familias, cuyos nombres aún se conservan; pero, en general, los pueblos estaban en aquella época dispuestos

de muy distinto modo y situados en otros puntos, y las familias llevaban otros nombres.

Muchos pueblos fueron destruidos por los incendios, la guerra y otras calamidades, y no se reedificaron; así es que el aspecto de la comarca está ahora muy cambiado.

Pero en aquella época la antigua Lauda se hallaba en estado floreciente, y los nobles habían alcanzado la más alta reputación muchos años antes, cuando, combatiendo contra los cosacos insurgentes, se cubrieron de gloria bajo el mando de Juan Radzivil.

Todos los hombres aptos de Lauda servían en el regimiento del viejo Heráclito Billevich, los más ricos con dos caballos, otros con uno, y los pobres en calidad de escuderos. Aquellos nobles eran, por regla general, valerosos y batalladores, muy aficionados a la carrera de las armas; pero en los asuntos que habían de discutirse en la Dieta provincial, eran mucho menos expertos. Sabían que había un rey en Varsovia, que Radzivil y Klebovich eran los estarostas^[2] de Imud, y que Billevich lo era igualmente en la región de Lauda. Con saber aquello les bastaba y votaban según les aconsejaba Billevich, seguros de que así complacían también a Klebovich, que estaba de perfecto acuerdo con su colega. Radzivil era el brazo derecho del rey en Lituania y en Imud, y el rey, a su vez, era el jefe de la República, y el padre de la legión de los nobles.

Billevich era, en efecto, más amigo que cliente de los oligarcas de Birji y, como tal, uno de los hombres más estimados. A su voz, contestaban un millar de hombres de Lauda y se empuñaban otros tantos sables que, en manos de Stakyan, Butrym, Domasjevich y Gashtovt eran temidos en todas partes. Pero esto varió al cabo de poco tiempo, cuando murió Heráclito.

Aquel padre y bienhechor de la nobleza falleció en 1654, año en que el país ardía en tremenda guerra a lo largo de las fronteras orientales de la República. Billevich no tomó parte en ella, por su avanzada edad y por la sordera

que padecía; pero marcharon los hombres de Lauda. Cuando supo que Radzivil había sido derrotado en Shlov, y que el regimiento de caballería de Lauda, en un encuentro con la infantería mercenaria francesa, había quedado casi en cuadro, le dio un ataque apopléjico y murió.

Aquellas noticias las trajo Miguel Volodiovski, joven y afamado guerrero, quien, por orden de Radzivil, había mandado el regimiento de Lauda en lugar de Heráclito. Los supervivientes volvieron a Lauda en lamentable estado: astrosos, hambrientos, misérrimos, y todos a una se quejaban del capitán general, quien, fiando en el terror que infundía su solo nombre, se había atrevido a desafiar con débiles fuerzas a un enemigo diez veces más poderoso, ocasionando casi la ruina de todo el ejército y el luto de toda la comarca.

Entre tantas recriminaciones y desdichas, no se levantó una voz contra Volodiovski. Por lo contrario, todos los que habían podido salir con vida del desastre le ponderaban y alababan sin medida, a causa de su sagacidad y de su valor heroico. El único consuelo que quedaba a los supervivientes del desastre eran las proezas que se habían realizado, gracias a la inteligencia del joven coronel: recordaban que en el ataque pasaron a través de las primeras filas de las reservas como si se hubiese tratado de una columna de humo, y que topando entonces con los mercenarios franceses habían hecho gran carnicería en ellos, y que en aquella ocasión Volodiovski mató con su propia mano al jefe enemigo. Rodeados por todos lados, abrasados por el fuego que por todas partes se hacía contra ellos, pudieron escapar de aquel caos, gracias a una defensa desesperada en la que perdieron muchos hombres, pero no tantos como los franceses.

Los hombres de Lauda, que, formando parte del contingente de Lituania, estaban obligados a servir a la milicia territorial, escuchaban con sentimiento, y al propio tiempo con orgullo, el relato de aquellas proezas. Todos creían que

la milicia territorial sería llamada en breve para defender a la patria. Se convino que, en tal caso, Volodiovski sería nombrado capitán del contingente de Lauda. Aunque no pertenecía a la nobleza del país, no había caudillo que gozara de más fama.

Sus soldados afirmaban que había salvado de la muerte al propio capitán general. Todo Lauda le llevó en triunfo: los Butrym, los Domasjevich, los Gashtovt, se lo disputaban, deseando tenerlo de huésped. En cuanto a él, de tal manera apreció a los nobles del país, que cuando las tropas de Radzivil se retiraron a Birji para reorganizarse, marchó con ellas y se hospedó en la casa de Pokosk Gashtovt, que gozaba de gran autoridad en la comarca. Por otra parte, el joven coronel no hubiera podido continuar su viaje hasta Birji, por impedírselo una fiebre altísima y una grave herida que había recibido en el brazo derecho durante el combate de Tybiovo.

Las tres hijas de su huésped, notables por su belleza, le rodearon de los más solícitos cuidados, asegurándole que muy pronto podría recobrar la salud por completo. Entretanto, los nobles del país se encargaron de los funerales de Heráclito Billevich.

Terminada la fúnebre ceremonia, se abrió su testamento, por el cual nombraba heredera a su nieta Alejandra, exceptuando de la herencia el lugar de Lyubich, y poniéndola, hasta su casamiento, bajo la tutela de la nobleza entera de Lauda, «la cual —decía el testamento— me tiene dadas tales pruebas de cariño, que no dudo que querrá velar por la huérfana en estos tiempos de maldad y corrupción, en que ninguna mujer puede estar a resguardo del libertinaje de los hombres y vivir en paz. Preserven, pues, a la huérfana de todo mal, para honrar mi memoria.

»¡Cuiden, además, de que mi nieta goce libremente de mi herencia! Excepción hecha de la aldea de Lyubich, que lego y transmito al caballero portaespada de Orsha, a fin de que pueda tomar posesión de ella sin ningún obstáculo.

Por si alguien se sorprendiera de mi predilección por Andrés Kmita y hallase en esta mi última voluntad una injusticia para con mi nieta Alejandra, debo declarar que, desde la infancia hasta su muerte, me unió fraternal amistad con el padre de Andrés. Fui conmilitón suyo, peleamos juntos en la guerra, me salvó la vida varias veces, y cuando la maldad y la envidia aconsejaron a los Sitsinski que hicieran hasta lo imposible para sumirme en la miseria, él me ayudó a defender mis bienes de fortuna. Por eso yo, Heráclito Billevich, chambelán de Upita, indigno pecador y próximo a comparecer ante el supremo tribunal de Dios, fui a ver, hace cuatro años, a Kmita, padre de Andrés y portaespada de Orsha y le juré gratitud y amistad eternas.

»En aquella ocasión convinimos, según la antigua costumbre cristiana, en que nuestros hijos, es decir, Andrés y Alejandra, se casarían, a fin de que su prole creciera en el santo temor de Dios y para bien de la patria, que es lo que más ardientemente deseo. Así, es mi voluntad que mi nieta se case con Andrés Kmita, salvo el caso (que Dios no permita) de que el caballero portaespada de Orsha manchase su propia reputación con malas acciones y deshonorase su nombre. Aun cuando éste perdiese todos sus bienes, incluso Lyubich, lo cual podría suceder fácilmente, esto no impediría el casamiento de ambos. Mas, si por especial gracia de Dios, mi nieta prefiriese ofrecerle a Él su virginidad y vestir el hábito monjil, de buen grado apruebo su resolución, porque el culto de Dios se debe anteponer al culto del hombre».

De esta manera dispuso Heráclito de su propia fortuna y de su nieta, sin que nadie se mostrase sorprendido.

Alejandra sabía desde hacía tiempo lo que la esperaba, y los nobles conocían la amistad que unía de antiguo a las familias de Billevich y de Kmita. Además, en aquellos días desdichados, todos pensaban más en la derrota padecida que en el testamento de Billevich.

Sin embargo, todo el mundo hablaba de los Kmita, mejor dicho, de Andrés, pues el viejo portaespada había muerto. El joven Andrés habíase batido en Shlov a sus órdenes, y después, mandando los voluntarios de Orsha, se hizo dueño de grandes propiedades; pero la guerra asoló sus estados. Comarcas fértiles quedaban convertidas en desiertos, y la mayoría de sus habitantes habían muerto. Después de la derrota de Radzivil, nadie opuso gran resistencia; Goyevski no tenía soldados; los capitanes de la Corona resistían heroicamente con las fuerzas que les quedaban en Ucrania, pero no podían acudir en su auxilio porque, como toda la República, estaban exhaustos, a consecuencia de las pérdidas que habían experimentado en la lucha con los cosacos. El diluvio de la guerra inundaba comarcas y más comarcas. Alguna vez sus aguas se detenían ante las murallas de las fortalezas, pero éstas caían como había caído Smolensko. Las posesiones de los Kmita, que radicaban en la provincia de Smolensko, se consideraban perdidas. En aquel caos universal, en medio del terror general, la gente se desparramaba como hojas arrastradas por el huracán, y nadie sabía lo que se había hecho de Andrés, el portaespada de Orsha.

Los estragos de la guerra no habían llegado hasta Imud, y la nobleza de Lauda se rehacía poco a poco de las pérdidas sufridas. En las aldeas, los nobles empezaron a discutir acerca de los asuntos públicos. Los Butrym, duchos en el arte de la guerra, decían que sería conveniente ir a Rossyeni en demanda de las milicias generales y del capitán general Goyevski para vengar la derrota de Shlov; los Domasjevich habían atravesado las desiertas comarcas de Rogovo para sorprender a varios destacamentos enemigos, y regresaron con interesantes noticias: los Gotsyevich preparaban en sus barracas las carnes ahumadas necesarias para nuevas expediciones. En cuanto a los asuntos privados, se decidió enviar algunos mensajeros en busca de Andrés Kmita.

Los ancianos Pokosk Gashtovt y Casiano Butrym eran los dos patriarcas de la región. La nobleza, lisonjeada por la confianza que en ella depositó el último Billevich, prometió bajo juramento observar con toda fidelidad las disposiciones del testamento y cuidar con gran solicitud de Alejandra.

En Lauda reinaba calma completa, y los estados de la joven heredera no tenían que sufrir los embates de gente extraña. Por el contrario, todos los nobles se disputaban el honor de enviar a Alejandra lo que producían sus tierras: así, los Stakyan, que residían a orillas del río, le mandaban salazones: los Butrym, de Volmontoviki, la proveían de trigo; los Gatsoysts, de heno; los Domasjevich, de caza, y por último, los Gotsyevich le mandaban alquitrán y cola.

Por aquel entonces se conoció el edicto que llamaba a las armas a toda la nobleza. Los hombres de Lauda empezaron a marchar. Hasta los que no habían pasado de la adolescencia y los que llegaban ya a los límites de la vejez montaban a caballo y partían.

Juan Casimiro llegó a Grodno y decidió que allí se verificaría la reunión general de las milicias. Los Butrym abrían la marcha en silencio: seguían los demás nobles. La nobleza de las otras comarcas acudió también, y el país quedó indefenso, pues todos los hombres de Lauda habían partido.

Volodiovski no pudo marchar, porque aún no tenía sano el brazo y quedó como comandante del distrito, para proteger a los niños y a las mujeres.

Los alrededores estaban desiertos, y sólo los ancianos y las mujeres se sentaban en torno del hogar. En Ponyevyej y Upita reinaba la paz más profunda; pero todo el mundo ansiaba tener noticias de la guerra.

Alejandra, por su parte, permanecía encerrada en Vodokty, donde no hablaba sino con sus criados y con alguno de sus tutores.

II

Principió el año 1655. Enero fue frío, pero seco; un invierno de los más crudos había cubierto de un cándido manto la tierra de Imud. La nieve caía sin cesar y las ramas de los árboles cedían bajo su peso: de día su blancura deslumbraba los ojos, reflejando los rayos de un sol espléndido; de noche, a la luz de la luna, centelleaba como un inmenso espejo. Los animales que viven en los bosques se acercaban a las aldeas, y los pajarillos picoteaban los empañados cristales de las ventanas.

Una noche estaba Alejandra sentada en la sala de los criados con sus doncellas. Era antigua costumbre de los Billewich que los amos pasaran las primeras horas de la velada con la servidumbre cuando no había huéspedes en el castillo, cantando himnos sagrados y edificando sus mentes sencillas con el buen ejemplo. Así lo hacía la señorita Alejandra, fiel a las tradiciones de su familia, y lo hacía sin el menor esfuerzo, pues sus doncellas pertenecían casi todas a la nobleza de segunda categoría, pobres huérfanas que se veían obligadas a servir, aunque gozaban de más consideraciones que las criadas plebeyas. Entre éstas había rústicas campesinas, que se distinguían especialmente por su lenguaje, pues no sabían hablar polaco.

Alejandra y su tía Kulviets estaban sentadas en el centro de la estancia, rodeadas de las doncellas que ocupaban unos bancos a su alrededor hilando activamente. En el hogar ardían dos gruesos troncos de pino. Cada vez que se

levantaban las llamas, se advertían todos los detalles de la habitación, cuyas paredes estaban ennegrecidas por el humo y por la acción del tiempo. Cerca de la puerta había un hombre de Imud de aspecto salvaje, con la cabellera y la barba hirsutas, que hacía dar vueltas a una devanadera.

Alejandra dejaba correr entre los dedos las cuentas de su rosario; las doncellas hilaban en silencio.

La luz del hogar iluminaba sus rostros juveniles y rubicundos. Hilaban con destreza, agujijoneadas por las severas miradas de la señora Kulviets. A veces, se miraban a hurtadillas y volvían después sus ojos hacia Alejandra, esperando a que se decidiera a dar por terminada la tarea y a cantar el himno. Pero la joven no se movía y las demás continuaban hilando sin rechistar.

Alejandra levantó por fin la cabeza, como asombrada del silencio que en la habitación reinaba. El resplandor del fuego iluminó su rostro y los ojos azules sombreados por negrísimas pestañas.

La joven era hermosísima, con el pelo rubio, la tez blanca y las facciones delicadas. Tenía la belleza del lirio. El traje de luto aumentaba el señorío de su persona. Sentada junto a la chimenea; parecía absorta en un ensueño. Sin duda meditaba acerca de su suerte, porque dentro de poco iba a decidirse su destino. El testamento de su abuelo le imponía como marido a un hombre a quien no había visto desde diez años antes; y como ya tenía veinte, no recordaba apenas a su novio. Recordaba únicamente a un muchacho revoltoso y decidido, que cuando iba con su padre a Vodokty prefería correr por campos y bosques a conversar con ella.

«¿Dónde estará? ¿Cómo aparecerá a mis ojos?».

Tales eran los pensamientos de la doncella. Le conocía únicamente por lo que de sus aventuras y proezas le había contado el difunto chambelán, que cuatro años antes de su muerte había emprendido un largo viaje hasta Orsha. Se-

gún las noticias que de él tenía, resultaba que Kmita era un hombre de gran valor y temperamento violento.

En la especie de contrato que hicieron Billevich y el anciano Kmita, se estipulaba que el joven debía ir pronto a Vodokty para darse a conocer a su novia. Pero corrió a los campos de batalla en vez de volar al lado de su prometida. Herido en Berestechko, volvió a su casa, donde su padre murió al cabo de poco tiempo; de nuevo se rompieron las hostilidades y transcurrieron cuatro años sin que Kmita hubiese podido presentarse a su futura esposa. Tiempo hacía ya que había muerto el anciano coronel y no se tenían noticias del joven caballero.

Se comprende, pues, que Alejandra se mostrase preocupada —tenía razón para ello— y que su corazón palpita-se de amor y de ansiedad. No conocía aún lo que era el amor, y, por lo mismo, su alma pura estaba en condiciones propicias para experimentar una impresión profunda. Bastaba una ligera chispa para encender en aquel pecho virginal una llama tranquila, pero inextinguible como el fuego sagrado de Lituania.

La muchacha sentía una vaga inquietud, tan pronto dulce como penosa. Se hacía a sí misma muchas preguntas que quedaban sin respuesta, o por mejor decir, cuyas respuestas debían llegar de muy lejanas tierras.

Se preguntaba, ante todo, si el joven se casaría con ella siguiendo los impulsos de su corazón, tal como ella se sentía dispuesta a hacerlo. La palabra de matrimonio que los padres daban por sus hijos era en aquella época cosa muy frecuente. Aun cuando murieran los padres, los hijos, fieles a su voluntad, la respetaban casi siempre. Alejandra hallaba muy natural aquel compromiso; pero no siempre acompañaba la satisfacción al cumplimiento de un deber, y de aquí la ansiedad que turbaba el corazón y la mente de la hermosa rubia.

«¿Me amaré?», pensaba, y un tropel de pensamientos se agolpaban en su mente. «¿Quién eres? ¿Qué especie de

hombre eres? ¿Vives aún o duermes ya el sueño eterno de la tumba? ¿Estás lejos de mí o muy cerca?».

Aquel corazón era como una puerta abierta para acoger al huésped anhelado. Involuntariamente, su fantasía le representaba lejanos países, selvas y caminos cubiertos de nieve, envueltos en las tinieblas de la noche.

«¡Ven, joven héroe!», exclamaba en su interior; «no hay nada tan penoso como una larga espera».

En aquel instante, como contestando a su pensamiento, se oyó sonar una campana.

La joven se estremeció; pero pronto recobró su presencia de ánimo recordando que casi cada noche iba al castillo un joven en busca de medicinas para el coronel herido.

La señora Kulviets corroboró su idea diciendo:

—Alguien viene de Gashtovt para pedir medicinas.

La campana continuaba resonando; de repente cesó, pareciendo que alguien se había detenido junto a la puerta.

—Ve a ver quién hay —dijo la anciana al criado del pelo hirsuto. Al cabo de pocos momentos llegó éste diciendo:

—Pan^[3] Kmita.

—¡El verbo se ha hecho carne! —exclamó Panni^[4] Kulviets en alta voz.

Las mujeres de la servidumbre se levantaron precipitadamente.

También se levantó Alejandra. El corazón parecía saltársele del pecho, y una oleada de sangre tiñó sus mejillas, que después palidieron. Para disimular su emoción se volvió de cara al hogar.

En el umbral de la puerta apareció un hombre de alta e imponente estatura, envuelto en una pelliza y cubierta la cabeza con una gorra de pelo. Era un joven que avanzó hasta el centro de la estancia, y que al ver que había entrado en la de la servidumbre, exclamó con voz sonora y sin descubrirse: